

Se dispone a salir.

Filocleonte.—¡Oyeme, no te escurras!: También en Sibiria un día cierta mujer rompió una grande urna bocona...

El hombre. (A su testigo.)—Cuidado, guarda este testimonio...

Filocleonte.—... y la olla tomó su testigo, pero aquella mujer le dijo: Nada de pruebas; mejor hubiera sido que te pusieras una venda en la herida.

El hombre. — Te estás burlando... Ya verás cuando venga el arconte por ti para que comparezcas a juicio.

Sale junto con su testigo.

Bdelicleonte.—¡Eso sí que no, por Koré!: ya no te quedas un momento más aquí, si es posible, te llevo en peso y te... (Lo toma y quiere cargarlo.)

Filocleonte.—¿Qué es lo que haces?

Bdelicleonte.—¿Qué es lo que hago? Te llevo por delante. Si no lo hago, muy pronto no habrá suficientes testigos para apoyar las demandas que se hacen.

Filocleonte.—A Esopo un día los de Delfos...

Bdelicleonte.—¡Poco me importa a mí...!

Filocleonte.—... lo acusaron de haber robado un vaso que pertenecía al dios. Pero dijo que un día el escarabajo...

Bdelicleonte.—¡No me revientes con tus escarabajos!

Se lo lleva para el interior.

Coro: Estrofa.—¡Me da envidia tu ventura, oh anciano, liberado de tristes peripecias y de una agitada vida!

Vas a saborear otras cosas ahora, mudado por buen acuerdo, de dulzura y suavidad.

Tal vez no halle gusto pronto, pues es, duro dejar modos que de tendencia natural proceden.

Muchos, empero, pudieron siguiendo normas de otros, y mudaron sus costumbres.

Antistrofa.—Según pienso yo y los cuerdos tendrá grandes alabanzas por el amor que al hijo tuvo y por la discrección de este hijo de Filocleonte. Nunca he tratado con otro de tan buena condición y de tan rectas costumbres, al grado de que me siento lleno de placer y gozo. En cuanto a su padre dijo logró vencer con razones al autor de su vida, a llevar vida mejor ajustado a nuevas normas.

Sale Xantias espantado.

Xantias.—¡Ah, por Diónisio, favor! ¡Qué trifulca hemos tenido: es seguro que algún numen nos ha hecho bola la casa!

Cuando el viejo hubo oído por largo tiempo la flauta, se puso tan alegre, pues había bebido mucho, que se puso a bailar las danzas de su tiempo, las que fueron más famosas, y eso sin descansar un momento. Eran las que conoció a Téspis el gran bailarín.

Y ahora viene diciendo que los trágicos de ahora son una punta de bobos y los desafía a bailar con él, aunque sea un poquito.

Salen Filocleonte y su hijo. Aquél viene disfrazado de Polifemo, para parodiar el personaje de Eurípides en El Cíclope.

Filocleonte. — ¿Quién está allí sentado al frente de las puertas?

Xantias. (Al público.)—Ya está aquí esta desgracia y viene para acá!

Filocleonte.—Rómpanse las barreras, va a comenzar el baile.

Xantias.—Hay que decir que empieza ahora la locura.

Filocleonte.—Bajo el impulso de ella se elevan mis lomos. Mis narices resuellan fuertemente, y mis mismas coyunturas se estremecen.

Xantias.—Bebe un poco de eléboro.

Filocleonte. (*Ensayo un paso de danza encorvándose.*)—Frinico se encogía, era cual si fuera un gallo...

Xantias. — ¡Pronto habrá piedras...!

Filocleonte. — ... y alzaba la pierna al cielo... (*Intenta hacer lo mismo*).

Xantias.—¡Se te está mirando el trasero!

Filocleonte.—Ten cuidado de ti mismo. Ahora sí que mis piernitas juegan con agilidad. ¿Qué, no estoy bailando bien?

Xantias.—¡No, por Zeus, son cosas de loco!

Filocleonte.—Deja un poquito y voy a retar a mis rivales.

Vamos, señores: ¿hay alguno de bailarín de tragedia que quiera contender conmigo? Venga, vamos a probarnos. ¿Nadie hay?

Entra un chico vestido de cangrejo.

Xantias.—¡Este solo, ya lo vez!

Filocleonte. — Y, este infeliz, ¿quién es?

Xantias.—Un hijo de Cangrino, es el de en medio.

Filocleonte. — Pues ése habrá que tragarlo. Con un bailecito lo mato. Y eso a punta de zoquetes, que de baile, nada sabe.

Llega otro chico de igual vestido.

Xantias.—¡Ay señor, tienes aquí a otro de la misma prole de Cangrino!

Filocleonte. — ¡Bah, tendremos cangrejos que comer -- hoy!

Xantias.—Eso, sólo eso: cangrejos. Ahora viene otro -- allí, otro hijo de Cangrino.

Llega el tercer danzarín con igual forma de vestido.

Filocleonte.—Y, eso, ¿qué es? ¿Es araña o pinacate?

Xantias.—¡No, señor, es el postrero de toda la descendencia! Es el xocoyote, pero sabe hacer tragedias.

Filocleonte.—Ay, Cangrino, noble padre; son preciosos tus vástagos, vienen como chupamirtos a bailotear sobre mí.

Dice a su hijo que está oyendo todo:

Por favor, una salsita, si es que salgo vencedor.

Sale al frente.

Corifeo.—Ahora, señores, demos lugar por chico que sea, para que él pueda con facilidad hacer sus charradas.

El coro se coloca a dos lados en semicoros y canta: En el centro baila Filocleonte con tres chicos.

Estrofa.—¡Vaya, langostinos, hijos del mar, a bailar sobre la arena, al borde del mar estéril, hermanos de las langostas!

Antistrofa. — ¡Brincos, brincos y más brincos, torciendo las patas, que es el modo con que se baila el famoso Frenico. Cuando miren vuestras piernas al aire, los espectadores habrán de exclamar: Oh, Oh!

Coro general. — ¡Vuelta y vuelta y otra vuelta, haz la ronda y alza la pierna, si puedes llegar al cielo, conviérte te en remolino!

Va por delante el rey del mar, vuestro padre, lleno de orgullo por sus hijos, los tres monitos que bailan.

Si quereis seguir bailando, dejad que nos retiremos, que hasta hoy no se había visto despedir una comedia en baile de danzarines.

CERVANTES SAAVEDRA, MIGUEL DE.

Cuarto hijo de un médico cirujano, Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), nació en Alcalá de Henares y estudió en Sevilla y Madrid, aunque la primera parte de su vida, resulta problemática para la crítica. Camarero del cardenal Julio Acquaviva (1569) en Italia, asistió a la batalla de Lepanto a bordo de la galera La Marquesa (7 de octubre de 1571) siendo herido en el pecho y la mano izquierda que se le quedó inútil. Sentó plaza en Flandes (1572) participando en la expedición a Túnez. De regreso a España, fue apresado por los turcos y conducido como esclavo a Argel: tras cuatro intentos de evasión, fue rescatado, instalándose el glorioso Manco de Lepanto en Madrid donde comenzó su obra literaria. Casó con doña Catalina de Salazar y Palacios y obtuvo el cargo de comisario para proveer la Armada Invencible (1587), para lo cual se trasladó a Sevilla. Ciertas irregularidades en las cuentas, unidas a la quiebra de un banquero sevillano, su fiador, le llevaron a la cárcel por tres meses. Ya en la corte, Valladolid, publica la primera parte del Quijote (1605). En ese mismo año, a la vera de su casa fue acuchillado un caballero navarro que murió sin querer declarar el nombre de su asesino: durante el proceso, se vieron complicadas las hermanas del novelista así como su hija natural, Isabel de Saavedra: once personas fueron encarceladas a consecuencia del proceso: entre ellas toda la familia Cervantes. En 1610 acompaña al conde de Lemos a Nápoles; al regreso se dedicó íntegramente a su trabajo literario, muriendo el 23 de abril de 1616 en Madrid.

Miguel de Cervantes Saavedra.